

EL AZABACHE

Valentín MONTE CARREÑO



Diversos tipos de higas de azabache, para prevenir el mal de ojo.

Pocos son los oficios artesanos en el Principado que pueden presumir de una tradición tan arraigada y secular como la que nos ofrece la azabachería.

Pese a ello, la historia de la extracción y talla de este escaso mineral que es el azabache no ha sido justamente valorada a lo largo del tiempo. Y es que, aunque los estudios sobre esta industria no son recientes, ni mucho menos, el papel que Asturias protagonizó ha sido sistemáticamente relegado a un segundo plano en relación con Galicia —y de modo especial Santiago de Compostela— donde el trato del azabache tuvo, efectivamente, un movimiento espectacular gracias al intenso comercio que allí se dio durante varios siglos en éste y otros ramos, orientado a abastecer la demanda que los numerosos romeros llegados de toda Europa solicitaban.

Los trabajos de investigación o simple divulgación en este campo se remontan ya a finales del pasado siglo. Tanto López Ferreiro (1985),

como Villa-Amil y Castro (1899) y posteriormente Osma y Scull (1916), Pérez Costanti (1925), Ferrandis Torres (1928) y Filgueira Valverde centran el eje de la azabachería en Santiago, otorgándole la casi exclusividad del nacimiento, desarrollo y ocaso de esta industria. Si bien alcanzó ésta allí en algunos momentos cotas de auténtico arte y su comercio constituyó un severo monopolio refrendado por todo tipo de leyes, autoridades y hasta bulas papales, de la lectura de los autores anteriores no es difícil deducir que los artesanos —o artistas, según el tipo de obra producida— gallegos habrían de asemejarse a lo que hoy llamaríamos industriales propietarios de uno de esos bazares que sitian cualquier lugar sacro de masiva afluencia y que por lo tanto, buena parte de la producción a que daban salida entonces no nació de sus manos, sino de las de anónimos tallistas asturianos que, desparramados por las aldeas de los concejos de Gijón y Villaviciosa, satisfacían los ingentes

pedidos que, desde la ciudad del Apóstol, de continuo les llegaban. Bastantes problemas tenían aquellos negociantes —controlar las ventas, cumplir (a veces) y hacer cumplir a los colegas las ordenanzas en vigor y aún otros— como para dedicar toda una vida a la talla de miles de imágenes, conchas, collares y abalorios.

No debe interpretarse esto como que pretendemos arrogarnos el patrimonio exclusivo de la azabachería, ni muchos menos: extraordinarios artesanos los hubo en Santiago, mas no conviene olvidarse de los asturianos. Las cofradías de azabacheros de aquella ciudad se nutrieron de miembros oriundos de la zona. Pero cabe preguntarse a la vista de los censos de aquéllas: ¿dónde habría que buscar el origen de cofrades allí asentados —y que algunos autores dan como naturales de la ciudad— cuyos apellidos son Costales, Quintes, Rivero, Cobián, Miravalles, Medio, Miranda y Santurio? ¿Cómo es posible relegar u olvidarse de Asturias cuando

—recuérdese que en Galicia no hay depósitos de mineral— los maestros gallegos se acercaban a las bocaminas del Principado para pujar en subastas por el material en bruto?

Habría que analizar, en fin, el por qué desde aquel centro de peregrinación se solicitaban decenas de miles de piezas labradas y hasta las cedas de cola de yegua para engarce de collares y rosarios; saber interpretar los asientos de aprendizaje de muchachos asturianos desplazados a Santiago o las estancias de tallistas gallegos en Villaviciosa. Sólo así podría comprenderse el alcance real de nuestra industria a lo largo del tiempo, colocándola, a la vez, en el lugar que, por justicia y derecho propio, le corresponde.

En España, y aún en el mundo, son escasos los yacimientos de azabache. En nuestro país se localizan fundamentalmente en Asturias y Teruel.

La franja costera que va desde Gijón a Villaviciosa, y de modo especial en este último concejo, el mineral abunda de modo extraordinario. Aquí fue, por tradición, donde hubo una industria extractera de interés que abasteció a la práctica totalidad de los mercados nacional y americano pues el azabache de Teruel, de calidad inferior, se solía enviar a las joyerías alemanas. También, en el Principado, conocieron cierta actividad explotativa los concejos de Colunga, Oviedo, Peñamellera, Cabranes, Caravia y Piloña.

También aparece algo en Portugal, pero no fue muy apreciada por su baja calidad.

El azabache es carbono impurificado por diversos componentes. Por su composición y textura se le considera dentro del grupo de los lignitos.

Se presenta negro, compacto, suave al tacto, ligero y bastante duro. Se trabaja con navaja, lima y torno, adquiriendo un brillo muy intenso mediante una adecuada pulimentación. No obstante su dureza, es muy frágil lo que hace que su talla sea difícil cuando con él se intentan esculpir figuras en las que los detalles o calados abundan.

El mundo clásico lo llamó *succinum nigrum*, equiparándolo por sus propiedades al ámbar o sucino; también recibió la denominación de *Lapis Gagates* utilizada, entre otros, por el naturalista Plinio y por San Isidoro.

No fueron pocas las virtudes que a él se le atribuyeron como sustancia. Aristóteles señala sus propiedades ópticas: «Cuando al hombre se le debilita la vista por la edad, le es muy útil esta piedra, pues así que comienza la catarata, si se fija la mirada en el azabache se evita la enfermedad... Otros dicen que mirando con asiduidad el azabache se afina la vista y si se pulveriza y se usa su polvo como colirio, también se afina la vista...»

Dioscórides, Plinio, San Isidoro y otros autores documentan asimismo su uso y algunas de las propiedades por ellos recogidas las refunde Carmen Baroja: «El azabache como sustancia es el magno preservativo; se enciende con agua y se apaga con aceite, ahuyenta la mirada del basilisco y recrea las sofocaciones y ahonamientos de la madre; en sahumeros da a conocer la gota coral y la virginidad; cocido en vino, cura los males de dientes y los lamparones. Se usó para la axinomancia y no se quema si ha de suceder lo que se desea saber».

Asturias no sólo ofreció los más importantes yacimientos del mineral, sino que además, su azabache fue el mejor de toda la península y, probablemente, del viejo continente, a igual, como poco, al renombrado Whitby.

Sobre la calidad de nuestro mineral existen fuentes escritas que recogen el aprecio en que era tenido por los más exigentes comerciantes y artistas, los maestros azabacheros que en Santiago trabajaron en los siglos XV, XVI y XVII.

En las distintas *Ordenanzas de la Cofradía de los Azabacheros de Santiago* que en estos tiempos se fueron emitiendo es constante preocupación el velar por el monopolio del comercio y la pureza del mineral, señalando que sólo la que viene de Asturias es buena, por no quebrantarse al aire ni al sol y no tomar la paja (teóricamente, al frotar el azabache se carga de electricidad), cualidades éstas que no ofrece el originario de Portugal ni de Montalbán.

No fueron pocas las presiones habidas por entonces para eliminar del comercio santiagués los materiales quebradizos e inconsistentes. El volumen de ventas de azabaches labrados, unido al desconocimiento que los peregrinos tenían sobre la calidad de los mismos favoreció un tráfico clandestino de mineral de baja calidad que, pese a

estar severamente prohibido, se introducía en la ciudad dejando, por lógica, a sus tratantes un mayor beneficio.

No fueron escasas las denuncias ni contados los juicios celebrados por infringir esta Ley: los casi siempre condenados o bien eran cofrades que se saltaban sus propias normas o bien extranjeros y asturianos que tenían facilidad para adquirir azabaches a bajo precio.

Otro de los graves problemas al que tuvieron que enfrentarse tanto los mineros como los labradores del mineral fue el comercio desleal de ciertas sustancias, más baratas y sustitutorias de aquél. Este fraude de dar por azabache lo que no es, también viene de antiguo... La utilización de hueso teñido y vidrio llegó a ser tan abusiva en Santiago que se hizo necesaria la emisión de ordenanzas específicas para cortar el mal, mal que, por otra parte, ha llegado hasta nuestros días en una amplia gama de sustancias que en más de una ocasión ha hecho tambalear la industria azabachera.

La azabachería asturiana hay que contemplarla bajo dos vertientes: la minera y la artesanal. La primera, desconocida casi en su totalidad. La segunda, ya se ha dicho, relegada a un segundo plano e infravalorada con relación a Galicia.

Los comienzos de la extracción y talla en nuestra región nos son totalmente desconocidos. Al contrario que en otros lugares de Europa, no sabemos de su presencia en las diversas culturas prehistóricas y en las posteriores, incluida la romanización.

Sabemos de su presencia en la época visigótica a través de San Isidoro, mas hay que llegar a la invasión árabe en la península para admitir una utilización generalizada de los azabaches entre los distintos pueblos que en aquella habitaban y, entre ellos, los de Asturias. Aún así, y existiendo documentos que certifiquen este uso, no hallamos datos sobre actividades azabacheras específicamente asturianas.

Árabe es el primer texto que se refiere a la virtud del mineral contra el maleficio del ajojo. Benbuclaris, médico que vivió en Zaragoza entre 1085 y 1109 escribe que «en España se ponen los azabaches al cuello de los niños para librarles del mal de ojo».

Este se produce por envidia, maldiciones, alabanzas abusivas o exceso de cariño, pudiendo ignorar su facultad los ajojadores.

En la prevención del mal —aquí llamado *agüeyu*— se han utilizado infinidad de amuletos pero el más conocido en Asturias fue la higa o *cigua*.

La higa es la figuración de la mano cerrada en la que el dedo pulgar pasa por entre el índice y el del medio; las más antiguas localizadas en España corresponden a las descubiertas en las necrópolis púnicas de Ibiza, y la más vieja de azabache se halló en Granada y se la considera del siglo XIII.

Los musulmanes renovaron la costumbre de su uso y con la llegada del Renacimiento se impuso entre los cristianos la adopción generalizada de las higas de azabache, constituyendo parte del ornato de elevadas clases sociales.

Los talleres artesanos de Asturias produjeron ingentes cantidades de ellas, buena parte de las cuales tenían su venta en Santiago; además de otras piezas que nos detallan viejas escrituras y nos ofrecen un panorama claro de lo que aquí se hacía.

Existen contratos de compra entre cofrades gallegos y artesanos asturianos muy interesantes. Uno de ellos, datado en 1561, refleja el encargo que varios de los primeros hacen a los segundos, consistente en gargantillas, figuras del Apóstol y otros objetos.

El más conocido quizá sea el realizado en 1581 a Bastián de Miranda, vecino de Villaviciosa, azabachero y comerciante de este género. Indiquemos muy sucintamente este pedido para darse cuenta de la magnitud del mismo. «Doce millares de abalorios, mitad 'lisos' y mitad de 'rascados', hechos por las mozas de Deva (Gijón)..., media gruesa de bellotas; media gruesa de arracadas de los hijos de Alonso García..., seis gruesas de corazones y seis de Santiagos; seis millares de 'gargantilla prima'..., medio millar de 'verdugos', medio millar de corazones de cuatro agujeros. Otros de veneras de siete agujeros, otro de veneras rascadas, otro de 'venericas lisas picadas a la redonda', otro de gargantillas de trébol de tres agujeros, otro de trébol liso, otro de veneras 'abentanadas', otro de corazones 'abentanados', otro de 'ruedas atravesadas' y otro de 'ruedas colgadas'. De 'faballón de Deva', treinta millares y más si pudiera ser. Además, numerosas gruesas de sortijas de varias clases y otras muchas piezas.

Por diversas causas, la venta de

azabaches en Galicia fue declinando entrado el siglo XVII, lo que se tradujo en una disminución paulatina de los encargos desde allí hechos a los asturianos.

La minería, en el Principado, se desarrolló paralelamente a esta circunstancia, manteniendo aún cierta animación hasta mediada la centuria en no pocos lugares de Villaviciosa, uno de los cuales, Quintueles, nos legó un testimonio documental muy interesante: los libros de cuentas de la Cofradía de los excavadores del azabache, allí fundada en 1604.

El examen de los mismos nos revela el apogeo y el declive de la minería del azabache en la zona y otros muchos datos de interés, como la subasta del mineral al mejor postor y la presencia de compradores procedentes de diversas parroquias asturianas, de Castilla y de Santiago de Compostela.

Con altibajos, esta Cofradía se mantuvo durante siglo y cuarto: hasta que, probablemente, los yacimientos quedaron agotados o la demanda de Santiago fue mínima.

Mas estas dificultades fueron generalizadas y no privativas de Quintueles. Como consecuencia, el nivel cualitativo de los fabricados descendió, arrinconándose casi por completo las elaboraciones más o menos artísticas y trabajando más los artesanos sobre piezas populares y sensiblemente más baratas.

Con mayoristas asentados en Gijón y Villaviciosa que imponían los precios a su capricho se hizo necesaria la salida de los propios artesanos por diversas regiones y, en la nuestra, frecuentar ferias y mercados.

Mediado el XVIII, solamente había registradas cuatro minas en el concejo de Villaviciosa, todas en el lugar de Oles, que abastecían de materia prima a ciento cincuenta azabacheros asturianos. Fue por entonces cuando las exportaciones de azabaches labrados conocieron los importantes mercados de Andalucía y de las Américas, donde se enviaban rosarios, cruces, botones, crucijijos, algunas imágenes, collares, pendientes, medallones, sellos y *ciguas*.

Aunque algunos autores señalan la tosquedad y poca finura de las piezas —en abierta oposición a lo manifestado por otros—, lo cierto es que el precio en que eran tenidas tuvo su mejor reflejo en la Exposición de Minería celebrada en Madrid en 1883 donde los azabaches

asturianos obtuvieron medalla de plata y la admiración de los visitantes. El mismo Rey de España, en visita hecha a dicha Exposición, recibió como obsequio hermosos azabaches dedicados a S.M. la Reina.

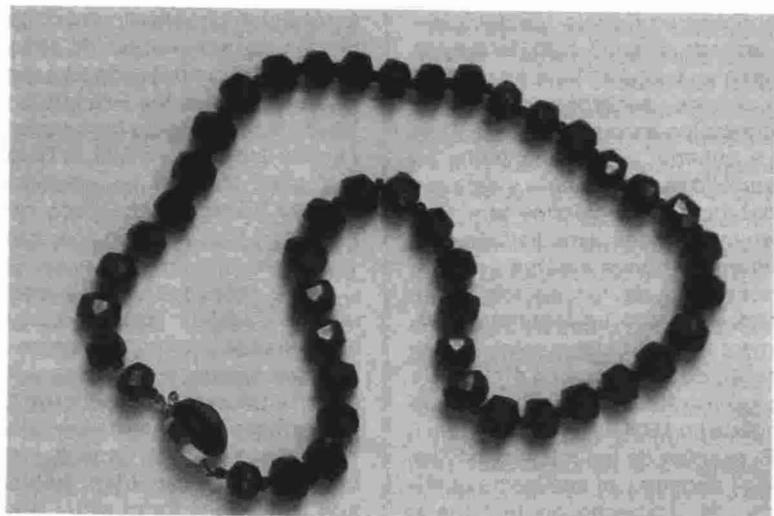
Y para conocer un poco mejor nuestra historia azabachera, detengámonos algo más en los últimos cien años.

Hacia 1850, fueron muy populares en Careñes (Villaviciosa) tres hermanas labradoras del mineral y Francisco Pérez «el murciano», vendedor ambulante que recorrió buena parte de la geografía española y portuguesa con un gran cajón de madera a las espaldas, habiendo aún quien asegura que sus desplazamientos le llevaron incluso a recorrer algunos países centroeuropeos y continuando en la tarea su hijo, Valentín. Destacaron también Facundo e Isidoro, especializados en fabricar boquillas de azabache, de gran aceptación por entonces. Tuvieron también cierto renombre Francisco Fernández, de Villaverde (Villaviciosa) y, hacia 1890, Cristóbal Ordieres, natural de Argüero (Villaviciosa), artesano que habría de desplazarse a Galicia para reiniciar el oficio, allí perdido mucho tiempo atrás.

Las minas explotadas en el XIX no fueron abiertas por entonces, sino que se venían trabajando desde tiempos anteriores.

En Careñes, hacia 1840 había una mina abierta, al igual que en Argüero y en Villaverde, pero la actividad más intensa se llevó a cabo en Oles, en numerosas galerías próximas al mar. En esta localidad, hacia 1870, recibió la minería gran impulso cuyas causas se dieron, curiosamente, en Inglaterra, donde la industria minera y artesanal del azabache había progresado en Whitby con suma rapidez desde los albores del siglo. A raíz de la muerte del príncipe Alberto, su esposa, la reina Victoria, lució en los funerales azabaches labrados como símbolo de luto, hecho que potenció la demanda de los fabricados en aquel país.

La circunstancia de haber en Asturias un azabache más blando y más barato que el propio de Whitby hizo que los joyeros y artesanos de la zona se decidiesen a solicitar importantes partidas a nuestra región a través de los almacenistas de piedra en bruto establecidos en Gijón, entre los que destacaba uno apellidado Pelayo. La producción de azabache aumentó en Oles notable-



Collar de azabache.

mente a partir de 1872, y el mineral alcanzó cotizaciones no conocidas hasta entonces, lo que produjo un estado de euforia que se tradujo en la llegada casi masiva de mineros de muy variada procedencia. Esta se desvanecería veinticinco años más tarde por reducirse la demanda desde Whitby, provocando una nueva caída en el precio del mineral y el abandono del oficio por parte de muchos hombres.

La reimplantación de la moda en Inglaterra en el uso de azabaches provocó en 1906 un nuevo auge en la minería y comenzó a ser el azabache de Oles objeto de nueva demanda. Aunque con altibajos, la rentabilidad del mineral exportado era bastante aceptable y buen conocimiento de ello tenía el vicecónsul inglés en Gijón, Arturo Lovelace, entonces el principal almacenista y único vendedor al extranjero. El incremento de la demanda producido en 1911 le animó a estudiar sobre el terreno la posibilidad de abrir por su cuenta algunas minas.

Llegado a Oles se puso en contacto con sus proveedores habituales, quienes venían extrayendo el azabache de túneles y pozos en el paraje denominado «Los Cuetones». Uno de aquellos mineros, Bartolomé Noval, había catado en sus horas libres en unos terrenos cuyos propietarios eran, entre otros, el propio Bartolomé y su familia, y que ofrecían azabache de muy buena calidad del que se beneficiaban un hijo del descubridor, Tomás Noval, experto conocedor del laberinto que discurría bajo el suelo de Oles.

«Los Parenteras», un grupo de excavadores que sabían de los trabajos y hallazgos de los Noval, se pusieron en contacto reservadamente con el vicecónsul ofreciéndole, a cambio de alguna recompensa, la posibilidad de que aquel rico subsuelo fuese registrado a su nombre, ocultando la identidad del verdadero descubridor.

Enterado el visitante de la artimaña, indicó a Tomás Noval sus deseos, llegando al acuerdo de dar de alta a las fincas dividiéndolas en dos concesiones: Una, a nombre del primero (mina «Dos Amigos») y la segunda (mina «La Independencia») para Noval hijo.

Durante los ocho años que siguieron a la inscripción figuraron las concesiones como improductivas, pues era más rentable dar salida a los *stocks* acumulados en el almacén del vicecónsul y adquirir a ventajoso precio el azabache ofrecido por los mineros que trabajaban por libre. Sólo cuando estos fueron agotando los antiguos pozos y la producción descendió se tomó la decisión de poner en marcha las nuevas explotaciones que, en realidad, eran minas muy viejas y abandonadas posiblemente desde el siglo XVIII, en un momento en que resultó más fácil extraer azabache en otros lugares.

El inicio de esta andadura supuso el más serio intento, dentro de sus modestas limitaciones, de industrialización de la minería del azabache, y con él se cerró definitivamente la historia de la extracción del mineral en Asturias, ya que desde entonces no se registraron más

minas y ni siquiera hubo intentos por buscar nuevos yacimientos.

Corría el año de 1921. Las galerías existentes en la concesión «Dos Amigos» eran seis, comunicadas entre sí. Destacó entre ellas la llamada «Cimera» que ofreció azabache de excelente calidad.

En la demarcación de Noval, también con media docena de galerías, destacó la llamada «Pumar»; pero curiosamente no fueron las anteriores las que produjeron más azabache, sino las viejas escombreras situadas en sus bocas, algunas de grandes dimensiones.

La actividad, que llegó a ocupar a veinte personas en sus mejores momentos, quedó interrumpida en 1925, cuando la falta de pedidos desde Inglaterra se hizo total. Desde entonces han transcurrido más de sesenta años, tiempo que ha sido cubierto en casi su totalidad por un sólo hombre, Tomás Noval Barredo, minero vocacional que continúa los pasos de sus antecesores, entrando en las galerías casi a diario y extrayendo azabache con unos medios rudimentarios y en unas penosas condiciones. Auténtico archivo de vida, anécdotas y aventuras de los viejos mineros del azabache de Oles, es Tomás hombre afable y conversador, la última reliquia de una tradición que amenaza con perderse definitivamente.

Hija del artesano Valentín Pérez fue Encarnación Pérez Moris, nacida en Careñes en 1897 y fallecida en 1978. La variedad de sus labores y el delicado acabado de las mismas hicieron de ella la figura nacional de la azabachería hasta 1945, manteniendo intenso comercio con joyeros de La Habana y diversas capitales españolas.

En 1952, su hijo José M.^a Núñez Pérez, imprimió un gran impulso a la industria azabachera en Careñes, en colaboración con Enrique Alvarez, otro destacado artesano. Cerrado el mercado de Cuba, tras la revolución castrista, abrieron el de Florida que aún hoy se mantiene con cierta intensidad y potenciaron otros en Madrid y Barcelona.

Hacia 1960 sus talleres daban ocupación a dos docenas largas de artesanos, que años después habrían de dispersarse y trabajar por su cuenta al dedicarse José María a otras actividades empresariales.

Hoy trabajan el mineral una docena de personas en el Principado, habiendo un comercio bastante intenso que va aumentando progresivamente. Algunos de ellos centran



sus trabajos en labores íntegramente tradicionales, mientras que otros están intentando romper este encajamiento con nuevos diseños, por lo general bastante acertados.

Dentro del primer grupo podemos incluir las *ciguas* (con una demanda extraordinaria, pues, aunque parezca mentira, existen amplios sectores de población rural que aún creen en su poder contra el mal de ojo), collares de bola redonda y facetada, cruces, pendientes (de lágrima, de bola facetada, de trébol, principalmente), colmillos, anillos, colgantes en formas de trébol, corazón y otras.

En relación a los nuevos azabaches, señalemos que se centran principalmente en pendientes, collares y abalorios de moderna configuración. Algunos realizan pequeñas esculturas y figuras de todo tipo como peces, tortugas y otros animales que encuentran gran aceptación en el mercado.

Por lo general, en casi todas las joyerías del Principado suelen encontrarse azabaches, aunque en pequeña cantidad. Pueden ir engarzados en oro o plata y las piezas más caras son los collares. La *cigua*, por el contrario, se halla en cualquiera de estos comercios a partir de precios muy modestos.

El futuro de la azabachería no está nada claro debido a la escasez de materia prima y a que, por el

momento, parece que al único minero no le habrá de suceder nadie. Urge por lo tanto buscar un solución que pueda garantizar el abastecimiento de material a los artesanos. El azabache aún abunda en la comarca de La Marina de Villaviciosa: lo prioritario es localizar nuevos yacimientos y olvidarse de las viejas minas, reaprovechadas durante siglos y prácticamente agotadas.

Sólo así podría darse continuidad a un oficio que pudo ofrecer negras y brillantes joyas populares a lo largo de más de seiscientos años y que, pese a su carácter, lucieron también príncipes y nobles.

BIBLIOGRAFIA:

Sobre Asturias:

- ARGUELLES, LUIS. *Azabachería gijonesa*. «El Comercio». Gijón, 1981.
 CAMPON, E. y otros. *El azabache de los yacimientos de Oles (Asturias)*. Trabajos de Geología. Dep. de Cristalografía y Mineralogía. Universidad de Oviedo, 1978.
 CASTAÑON, Luciano. *Azabache*. Gran Enciclopedia Asturiana. Tomo II, pg. 204. Gijón.
 GOMEZ—TABANERA, José M.^a *Azaba-*

che, amuleto de la vieja Europa. B.I.D.E.A. n.º 90-91. Oviedo, 1977, pp. 400 y ss.

MONTE CARREÑO, Valentín. *La artesanía del azabache en Asturias*. El Noroeste, Gijón. Folletón. 22 de abril - 25 de abril - 26 de abril - 27 de abril - 26 de mayo, 1978.

MONTE CARREÑO, Valentín. *El azabache en Asturias*. Cuadernos del Seminario de Antropología y cultura asturiana. Consejería de Educación y Cultura. Oviedo, 1984. N.º 7.

MONTE CARREÑO, Valentín. *Guía artesanal de Asturias*. Ediciones G.H. Gijón, 1985.

MONTE CARREÑO, Valentín. *Azabachería asturiana*. Servicio de Publicaciones del Principado de Asturias. Consejería de Educación y Cultura. Oviedo, 1986.

SANTANA, Juan *La industria en Asturias en el siglo XVIII*. B.I.D.E.A. n.º 60. Oviedo, 1967.

General:

FERNANDEZ DE AVILES, A. *Un nuevo Santiago de azabache*. Archivo Español de Arte. N.º 59. Madrid, 1943.

FERRANDIS TORRES, José. *Marfiles y azabaches españoles*. Edit. Labor. Barcelona, 1928.

FERRANDIS TORRES, José. *Joyas populares de azabache en el N.O. de España*. Tomo n.º 1 (único). Cuadernos 1 y 2 de Anales del Museo del Pueblo Español. Madrid, 1935.

FILGUEIRA VALVERDE. *Azabachería*. Cuadernos de Arte Gallego. Edic. Castrelos. Vigo, 1965.

FILGUEIRA VALVERDE. *Azabaches compostelanos del Museo de Pontevedra*. El Museo de Pontevedra, II. 1943.

FILGUEIRA VALVERDE. *Museo de Pontevedra. Azabaches Compostelanos*. Catálogo Guía. Pontevedra, 1943.

FILGUEIRA VALVERDE. *Azabache*. Gran Enciclopedia Gallega. Tomo III.

FRAGUAS Y FRAGUAS, A. *Notas de azabachería compostelana*. El Museo de Pontevedra, IV. 1946.

HILL, PETER G. *Whitby Jet*. Cuadernillo impreso en Inglaterra. Sin lugar ni año de edic.

LEGUINA, Enrique de. *Informe sobre la obra de Osmá*. Boletín de R.A.H. Octubre, 1917.

LOPEZ FERREIRO, ANTONIO. *Fueros Municipales de Santiago y su Tierra*. 2 Tomos. Santiago, 1895.

MASJUAN, N. *Azabaches españoles*. Revistas de las Artes y Oficios. n.º 11. Madrid, abril, 1945.

MON, Fernando. *El arte del azabache*. Madrid, 1973.

OSMA Y SCULL, G.J. *Catálogo de azabaches compostelanos*, precedido de apuntes sobre los amuletos contra el ajojo, las imágenes del Apóstol-Romero y la Cofradía de los Azabacheros de Santiago. Madrid, 1916.

PEREZ COSTANTI, Pablo. *Nuestros azabacheros en el s. XVI*, en *Notas Viejas Galicianas*. Vigo, 1925. Tomo I.